

HISTORIAS DEL EXTRARRADIO

XU ZECHEN

TRADUCCIÓN DEL CHINO Y NOTAS
DE BELÉN CUADRA MORA



TÍTULO ORIGINAL: 北京西郊故事集

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.
Avda. Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright:

- © de la obra, Xu Zechen
- © de la traducción, Belén Cuadra Mora, 2026
- © de la presente edición, Automática Editorial S.L. 2026
- © de la ilustración de cubierta, Jon Juárez, 2026

This edition is published by arrangement with Automática Editorial through the agency of China National Publications Import & Export (Group) Co., Ltd.

Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.

ISBN: 978-84-10141-26-1
DEPÓSITO LEGAL: M-4238-2026

Composición: Automática Editorial
Corrección y revisión: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: marzo de 2026

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

ÍNDICE

LA AZOTEA – 11

LAS RUEDAS SON REDONDAS – 43

EL MACACO CON SEIS OÍDOS – 71

RITOS DE PASO – 93

LA CIUDAD INVISIBLE – 111

EL PERRO QUE SE PASÓ EL DÍA LADRANDO – 137

EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS – 153

SI UNA GRAN NEVADA ATRANCA LA PUERTA – 181

HERMANOS – 205

HISTORIAS DEL EXTRARRADIO

XU ZECHEN

TRADUCCIÓN DEL CHINO Y NOTAS
DE BELÉN CUADRA MORA



«Mira, esto es Pekín».
Subido a la azotea, Xingjian dibujó con la mano un arco
grandilocuente hacia la inmensa ciudad.

«No encontrarás mejor casa que esta en toda la zona.
Desde la azotea se ve toda la capital».

LA AZOTEA

La cabeza me iba a estallar. Sentí que un pájaro claro echaba a volar desde el interior de mi sesera. Su cuerpo metalizado me atravesaba el cráneo y sus alas se hacían más y más anchas a medida que se batían despidiendo destellos plateados bajo el último sol de la tarde. En caso de dirigirse hacia el oeste, vería casas, campos yermos, la desolación del quinto y el sexto anillo¹ y, más allá, las Colinas del Oeste. Pasadas estas, se perdería de vista. Si emprendía el camino del este, se toparía con bloques de pisos y avenidas, como montes los primeros y estrechos valles las segundas, atestados de ríos de coches y peatones. A vista de pájaro, Pekín era tan inmensa que parecía no acabar nunca. Cortaba la respiración. Y el ave volaba y volaba, fulgurante.

—¡Te toca jugar!

Eché el seis de tréboles y dije:

—¡Pájaro!

Me miraron con los ojos como platos.

Y yo me corregí al instante:

—El seis de tréboles.

1 Pekín está recorrida por sucesivas carreteras circulares que se conocen como «anillos». En la época en la que se escribió este relato existían del segundo (el más céntrico) al sexto (el más periférico) anillo.

—¡Exacto! Más que pájaros, parecen pollas.

Estábamos sentados en la azotea jugando al «atrapa el as negro»,² a la sombra de una sófora. Éramos cuatro: Xingjian, Miluo, Baolai y yo. Baolai, el mayor de los cuatro, tenía veinte años. Con diecisiete recién cumplidos, yo era el benjamín. Vivíamos en una casa baja del extrarradio en el distrito de Haidian. Aquel verano y el otoño que lo siguió pasamos los días en la azotea, echando una partida tras otra. Atrapa el as negro es un juego fácil de aprender y bastante adictivo. En la baraja solo hay un as de picas. Pues bien, al que le toca no dice ni mu y se convierte en contrincante de los otros tres. Si pierde, tiene que invitar a cigarrillos y cerveza. Si pierden los otros tres, lo invitan a él. Aunque la verdad es que al que le toca siempre juega en desventaja. Si te cae el as de picas estás jodido. Desde que me fui a vivir a aquel sitio, durante ese verano y otoño, subí a la azotea detrás de los otros para sentarme debajo de la sófora; el as de picas le caía siempre a Baolai. Por extraño que pareciera, se diría que la carta corría hacia él en cada partida como si tuviera ojos y fuera capaz de verlo. Ocurría así, como poco, noventa y cinco de cada cien veces. Al final, cuando acabábamos de repartir, decíamos directamente:

—Baolai, saca el as de picas.

Y él, obediente, echaba mano de la carta y nos la mostraba:

—Aquí está.

Casi nunca había sorpresas: había vuelto a perder. Yo le devolvía el cigarrillo de la marca Zhongnanhai y el vaso de cerveza Yanjing que había ganado, y le decía:

—Hermano Baolai, dáselos a ellos.

2 Juego de cartas, especialmente popular en Pekín y en la región de Hebei.

Casi me daba pena. Yo no fumo ni bebo, me siento extraño con un cigarrillo colgando entre los labios o una copa en la mano. Había llegado a Pekín a principios de verano. Acababa de cumplir diecisiete años y había abandonado los estudios porque me sentía incapaz. Estudiar me daba jaqueca. El médico dijo que era neurastenia y extendió una receta: jarabe reconstituyente para calmar los nervios, una solución oral de vitaminas y fosfato de sodio. Cuando sentía presión o dolor en la cabeza, me tomaba una cucharada. El jarabe se vendía envasado en una botella parecida a la del diclorvos, por lo que cada vez que retiraba el tapón, pensaba: esto es veneno. Su eficacia era nula. Cada tarde, cuando daban las cuatro o las cinco, me subía a lo alto del edificio de las aulas de segundo de bachillerato, miraba al sol y me invadía un miedo extraño. Notaba cómo el corazón me latía desbocado, llenando el mundo entero, y cómo cada una de mis venas percutía como un tambor. El médico dijo que eran «palpitaciones». Y bien, ¿por qué tenía yo que sufrir palpitaciones? Era como estar bajo la maldición de la corona del Rey Mono.³ Nada más ponerme a leer, la presión comenzaba; al rato, llegaba el dolor. Por las noches era incapaz de conciliar el sueño y por las mañanas no me quería levantar. Incluso cuando conseguía dormirme no se trataba más que de un sueño superficial del que me sacaba hasta el estornudo de un mosquito. A menudo veía a mi otro

3 Referencia a Sun Wukong, también conocido como el Rey Mono, protagonista del clásico anónimo del siglo XVI *El viaje al Oeste*, y uno de los personajes más conocidos de la cultura popular china. En la novela, Sun Wukong acompaña al bonzo Tang Sanzang en su peregrinaje hasta la India para buscar los *sutras* budistas. Dada la naturaleza rebelde e insubordinada de Sun Wukong, el monje le impone una suerte de corona de castigo ideada por la *bodhisattva*, que puede hacer estrechar con un conjuro para provocar a Sun Wukong un dolor de cabeza insoportable y, de este modo, doblegarlo.

yo contemplándome de pie, junto a la cama del dormitorio compartido de la residencia estudiantil, mientras los otros siete compañeros de habitación roncaban, rechinaban los dientes, hablaban entre sueños o se tiraban cuescos, felices. El médico me dijo que saliera a correr. «Correr es un buen estimulante del sistema nervioso, ¿sabes? El exceso de estrés te ha deteriorado los nervios, como una banda que, de tanto forzarla, pierde su elasticidad. Tienes que hacer ejercicio para recuperar la plasticidad de los nervios». Pero no podía levantarme en mitad de la noche y echar a correr.

Con todo, el médico insistía: «Sal a correr». Recogí mis cosas y regresé a casa. Era incapaz de continuar los estudios. Así se lo dije a mis padres: no volvería a estudiar ni aunque me molieran a palos. Ellos se mostraron tan escépticos como yo hacia el extraño mal que sufría. Mi padre dio varias vueltas en torno a mi cabeza con la mano derecha alzada, juntando las puntas de los dedos índice y pulgar, esperando descubrir en cualquier momento un cordel metálico y brillante del que pudiera tirar para extraerlo de la cabeza. «No podemos dejar que se escape. Dónde se habrá metido, maldita sea». Pero no encontró nada. Y después de no encontrar nada, plantó el culo en un viejo sillón de mimbre con las patas desniveladas y dijo a mi madre con tono circunspecto:

—Para estar aquí sin hacer nada, mejor sería mandarlo a Pekín con Sanwan. Lo mismo hasta puede sacarse unos cuartos.

—¡Pero si solo tiene diecisiete años! —dijo mamá.

—¿Y qué pasa? ¡Con esa edad, mi padre ya me tenía a mí!

De modo que me marché a Pekín con Sanwan. Hong Sanwan es mi tío, marido de la hermana de mi padre. Se gana la vida expidiendo documentación falsa en Pekín y no

hay más que ver la ropa que lleva y el tabaco que fuma cada vez que vuelve a casa para darse cuenta de que está forrado. Solo fuma cigarrillos de ocho miligramos de la marca Zhongnanhai que reparte espléndido a diestra y siniestra entre sus paisanos para que prueben el tabaco que fuman los dirigentes del país. A mi padre le dio dos cigarrillos, uno para que se lo fumara y otro para que se lo colocara en la oreja y lo olfateara cuando no tuviera nada que hacer.

Me fui a vivir con Xingjian, Miluo y Baolai a una construcción baja de una única planta. Doscientos cuarenta yuanes al mes por dos literas con cuatro camas. Los cuatro nos dedicamos a lo mismo. A última hora de la tarde, salimos a la calle a poner anuncios que escribimos con rotulador sobre las paredes limpias, en lugares llamativos: «EXPEDICIÓN DE SELLOS Y CERTIFICADOS. CONTACTO: XXXXXX». XXX es un número de busca. Xingjian y Miluo trabajan para Chen Xingduo; Baolai y yo, para mi tío. Como es natural, el número de busca que nosotros escribimos es el de mi tío Hong Sanwan. A veces no usamos rotulador, sino una esponja empapada en tinta. Llevamos en la mano un sello tallado en un boniato o en un nabo crudos, lo restregamos con la esponja y luego lo estampamos en el muro. Esto es mucho más rápido que escribir. Yo mismo hago los sellos. No quedan muy bien, pero se entienden.

Solo trabajamos de noche para evitar que nos detengan. Los ojos de los inspectores municipales y de la policía están por todas partes y, si te echan el guante, te arrestan. Con la noche bien entrada, todos duermen. Incluso en la zona de Zhongguancun, que se puede considerar concurrida, de madrugada no queda casi nadie despierto. Es entonces cuando nos lanzamos tranquilos y audaces a escribir y estampar nuestro mensaje en muros, paradas de autobuses,

pasos a nivel, escaleras y hasta aceras. Cuando el personal de limpieza borra las inscripciones, volvemos a ponerlas. *El incendio no puede acabar con ellas: renacen al beso de la primavera.*⁴ De este modo, quienes necesitan algún sello o un certificado no tienen más que seguir las pistas para dar con Hong Sanwan, que a su vez encarga la expedición a un experto. No estoy seguro de cuánto dinero gana con este negocio. A nosotros nos da un sueldo de quinientos yuanes al mes. Baolai dice que no está nada mal, que salir por las noches a hacer la ruta equivale a dar un paseo y que encima nos pagan. Él está satisfecho y yo contento. No ya por el dinero, sino porque me gusta la noche. La madrugada es tranquila, el polvo se ha asentado. Las calles están quietas como el lecho de un río y Pekín se vuelve más grande. El Pekín nocturno adquiere una amplitud sin precedentes y, bajo la suave luz de las farolas, se convierte en el escenario enorme y vacío de un sueño. Desde que sufro neurastenia, mis sueños se han vuelto superficiales, aglomerados como el tráfico de Pekín durante el día, deslavazados y fragmentados. Si fuera capaz de soñar con cosas tranquilas, creo que despertaría de pura felicidad.

Dormimos de día, desde que amanece hasta que llega la tarde. Para dormir mejor, ya de madrugada, me dedico a saltar y correr de acá para allá entre anuncio y anuncio. Si por algún casual resulta que tú también transitas la ciudad a esas horas, verás seguro a un chico con el pelo de punta, alto y delgado, que recorre avenidas y callejones como si fuera hiperactivo. Pues sí, ese chico soy yo. El que va a mi

4 Versos del poeta Bai Juyi (772-846), pertenecientes al poema *Las hierbas del antiguo prado*: «Cubre el prado una vasta alfombra de tiernas hierbas, / que se mustian y reverdecen todos los años. / El incendio no puede acabar con ellas: / renacen al beso de la primavera». Tomado de Guojian Chen, *Poesía china (Siglo XI a.C.-Siglo XX)*, Cátedra, 2013, p. 259.

lado, más corpulento y algo más bajo, es Baolai. Sus movimientos son más lentos y puede que te haya parecido un poco bobalicón, pero lo cierto es que no lo es. Te juro por mi neurastenia que Baolai no tiene ni un pelo de tonto. Es un tipo honesto, sin más. Buena gente, como se suele decir. La mejor persona de cuantas he conocido en Pekín.

Xingjian y Miluo estaban empeñados en que era un poco inútil y nunca se dirigían a él como «hermano mayor». Le dejaban hacer todas las tareas: barrer, sacar la basura, cortar la sandía, abrir la cerveza. Si hubiera podido comer por ellos, también le habrían pedido que lo hiciera. La verdad es que ni siquiera hacía falta mangonearlo para que se ocupara de todas estas cosas. El propio Baolai se adelantaba y las hacía por iniciativa propia porque consideraba que era el mayor y, por lo tanto, responsable de cuidarnos a los tres. Por ejemplo, ahora que estamos todavía en la cama con los ojos cerrados, él ya se ha levantado y ha subido a la azotea la mesa y los cuatro taburetes. Todavía falta mucho para que el sol se oculte detrás de las montañas y nuestro único pasatiempo es jugar a las cartas, al atrapa el as negro.

Antes de mi llegada subían a la azotea no para jugar al atrapa el as negro, sino para observar a las chicas. Desde lo alto se gana perspectiva. Cuando las chicas se acercaban de frente por el callejón, les veían la cara y los pechos; cuando ya habían pasado, les miraban las piernas y las nalgas. En la azotea hacía fresco, la sombra de la vieja sófora era enorme y corría el viento. Después de mi llegada fuimos cuatro para jugar. Me gusta subir a la azotea porque desde allí la vista se vuelve inmensa. El médico me había dicho que mirar a lo lejos desde un lugar elevado aportaba amplitud de miras y era bueno para los nervios. Constreñido en una

habitación me agobio. Cerca de aquí hay edificios altos y, tras estos, otros más elevados todavía. Me gusta subirme a lugares altos. Me siento un poco mejor, aunque por más que me ponga de puntillas y estire el cuello, sigo siendo bajo.

Guardo silencio mientras jugamos a las cartas. Cuando hablo mucho me duele la cabeza. Baolai tampoco habla mucho. Suele arrugar el ceño, como si fuera un filósofo sumido en cavilaciones, aunque de nada le sirve pensar y cavilar porque, cuando le toca el as de picas, tiene la derrota asegurada. Nunca lo oculta. Ni falta que hace. Xingjian y Miluo saben al instante quién lo lleva. Yo tampoco soy capaz de disimular. Si tengo la mala suerte de que me toque, siento una fuerte presión en la cabeza y no puedo evitar golpeármela con el nudillo del dedo corazón. Baolai saca la carta con parsimonia y, entonces, Xingjian y Miluo se ponen a hablar de chicas. Me sacan dos y un año, respectivamente, pero sus gestos los delatan como mucho más expertos en asuntos de alcoba y tienen una comprensión del cuerpo femenino que roza niveles científicos. Cuando no salen a poner anuncios es porque están en algún cine clandestino disfrutando de la sesión nocturna. Antes de conocerlos creía que las pelis más guarras que existían sobre la tierra eran las clasificadas como Nivel 3. Ellos me dijeron que no había visto nada, que las buenas eran las de clase A. «¿Conoces las pelis de clase A?²⁵ ¡Esas sí que son guarras!». La verdad, les expliqué, no las conocía. Así que se rieron de mí y más aún de Baolai, y nos dijeron que cuando juntaran unos yuanes nos buscarían a una verdulera para que nos desvirgara.

5 Pornografía.

Agaché la cabeza, noté que me palpitaban las sienes y me acordé de la chica que me gustaba en tercero de secundaria. Había llegado a nuestra clase procedente de algún lugar del sur. Tenía la nariz recta y le gustaba morderse la punta de la lengua al hablar. Su chino, con lengua mordida incluida, era distinto del que hablábamos cualquiera de nosotros. Un día, por la misma época del año en la que estábamos ahora, la vi caminando cerca del aula bajo el sol de la tarde; llevaba la sudadera del chándal remangada y las manos en los bolsillos del pantalón, como si me estuviera imitando. Con las manos metidas en los bolsillos, el pantalón se le ceñía y le marcaba el culo bien torneado. Desde el interior del aula, al otro lado de la ventana, vi cómo se giró hacia mí y me sonrió. El sol perfilaba el contorno de su trasero con una línea dorada. Este es el primer recuerdo que guardo que tenga que ver con chicas o con el enamoramiento. Desde aquel momento, cada vez que me topo con alguno de estos temas, dos imágenes se cruzan al instante en mi mente: una es una nariz recta; la otra es un culo que todavía no ha alcanzado toda su lozanía con un contorno dorado. Acto seguido siento comezón en el pecho, las sienes me palpitan y agacho la cabeza.

Una tarde cualquiera del mes pasado, tras observar desde la azotea a una chica con minifalda que cruzaba el callejón, Miluo me instó a hablar de «mujeres». Lo cierto es que no sabía qué decir, así que les conté lo de aquella compañera de clase de hacía dos años. Después, en bachillerato, fuimos a institutos distintos y perdimos el contacto. A Xingjian y a Miluo les dio tal ataque de risa que casi se caen de la azotea.

—¿A eso lo llamas tú una mujer? —dijeron—, ¡danos carnaza, carnaza!

A sus ojos, si no eres capaz de pensar en «carnaza» al instante es porque las tías te quedan muy lejos. Soy consciente de que este es mi caso, pero nunca se me ha ocurrido acercarme a una chica. A lo único que quiero acercarme es a mi cabeza, pero esta se empeña en alejarse y doler como si fuera de otro.

—¿Y tú, Baolai? —preguntó Xingjian.

—La cara —dijo Baolai con las cartas en la mano. Había agarrado el as de picas y nos tenía a los tres observándolo, impidiéndole deshacerse de la carta—. Lo creeré cuando le vea la cara.

Sus palabras sonaron ininteligibles, sin sentido ni lógica. ¿Qué es lo que creería cuando le viera la cara? Baolai no lo explicó, y dimos por hecho que estaba hablando por hablar. Cuando uno pierde una mano detrás de otra tiene permitido hablar fuera de los límites de la lógica. Estaba claro que Baolai había perdido aquella mano. Por más ventaja que quisiera darle, no tenía nada que hacer. Miluo fue el primero en descartarse. Xingjian cerró, después de dejar que me descartara yo, para desenmascarar a Baolai. Este se quedó con ocho cartas en la mano. Sumando las cuatro partidas anteriores, y aparte de las tres botellas vacías que había a nuestros pies, todavía debía tres litronas de cerveza Yanjing y una cajetilla de tabaco Zhongnanhai. Del de ocho miligramos.

—Voy a comprar bebida —dijo Baolai tras lanzar sus cartas.

—No hay prisa, hombre. Vamos a jugar, y luego hacemos cuentas. —Xingjian todavía no se había cansado.

—Xingjian, di la verdad —dijo Miluo con el gollete de la botella en los labios—, si mañana por la tarde te despertaras con dinero, ¿qué harías?

—Joder, me compraría un casoplón, me casaría con una tía nueve años mayor que yo y me pasaría el día holgazaneando, tirado en la cama.

—¿Y por qué tiene que tener nueve años más? —pregunté extrañado.

—¡Estará más tierna! —dijo Miluo—. Las jóvenes no tienen ningún interés. Tiene que ser una mujer. Entienden lo que necesitas.

—A mí me gustan las de veintiocho. Veintiocho. Nada más oírlo, me excito. ¡Eso es!

—Si tuviera pasta, querría una casa y una mujer, eso seguro. Pero, además, iría a todos sitios en taxi. ¡Hasta al cuarto de baño! Y me buscaría a un asistente, alguien como vosotros, que se encargara de poner carteles a las tantas de la madrugada. ¡Quiero tener más pasta que el mismísimo Chen Xingduo, me cago en la puta!

—Y con tanta pasta, ¿no te comprarías tu propio coche? —pregunté.

—Pero ¿no sabes que soy incapaz de orientarme? Me mareo en cuanto llego al tercer anillo. Si quiero ir a Fangshan, soy capaz de acabar en Pinggu.⁶

—¿Y tú, Baolai? —Miluo dio unos golpecitos con la botella en la rodilla de Baolai.

—¿Yo? —Baolai frunció los labios, sonrió y se puso de pie, tirándose de los pantalones—. Yo voy a comprar bebida.

—Hablemos antes y luego la compras.

—Vuelvo en un momento. —Baolai se miró el reloj—. En lo que tardéis en fumaros un cigarro estoy de vuelta.

⁶ Nombres de dos distritos del extrarradio de Pekín, situados, el primero, en el suroeste y, el segundo, en el noreste de la municipalidad.